



SOTOTIDAD

Mujeres y Teología de Ciudad Real

Mayo 2013 nº 31

Pensar nuestra forma de pensar

A menudo pensamos sobre las cosas tristes, los sufrimientos, las alegrías... de nuestra vida. La mayoría de las veces lo hacemos de forma inconsciente, sin darnos mucha cuenta de ello, pero lo hacemos. Y, cuando nos ponemos a compartir eso que pensamos, algunas personas empiezan a contar y hablan de detalles, otras de percepciones globales, otras de sus sentimientos..., todo esto es conocer y no nos referimos sólo a lo aprendido en la escuela. Cada persona lo hacemos a nuestra manera ya que el conocimiento es parte integrante de nuestras vidas.

Pues bien, pensar nuestra forma de pensar se llama **epistemología**. No me extrañaría que para quienes lean por primera vez esta palabra su reacción sea de espanto y rechazo. A otras les evocará cosas extremadamente teóricas, que tuvieron que aprender en su juventud pero que nada tienen que ver con los asuntos concretos de la vida, con los problemas diarios con los que nos enfrentamos. Sin embargo, esta palabra, epistemología, es una invitación a pensar cómo conocemos las cosas y a nosotras y nosotros mismos en nuestra cotidianidad.

Porque aunque parezca lo contrario, la cuestión epistemológica es, en primer lugar, una cuestión práctica que tiene que ver con el modo como actuamos en el día a día. Dime cómo conoces y te diré cómo actúas y al revés. Por ejemplo, si queremos conocer mejor nuestro barrio o pueblo para saber cómo actuar en él me puedo fijar en mil cosas diferentes: en las casas, en las personas, en la vegetación, en el transporte, en la contaminación... Dependiendo en qué me fije así actuaré.

Conocer es afirmarse como ser humano en relación a un mundo de valores; es tomar postura pues no hay neutralidad posible en nuestro conocimiento. Pero aunque no seamos muy conscientes de las influencias en las que estamos inmersas, nuestra forma de conocer es fruto del ambiente en el que vivimos, de nuestra educación, el lugar social, de la ideología dominante, de la TV... No obstante, podemos modificar nuestra forma de conocer, es más, está siendo continuamente modificada, sobre todo, por la sociedad de consumo.

Hasta hace poco tiempo nuestro modo de conocer estaba plenamente influenciado por la epistemología tradicional que pone al varón en el centro del conocimiento. Esto no significa que haya sido falsa o que haya querido deliberadamente eliminar a las mujeres. Pero sí significa que su descripción del conocimiento humano guarda, entre otros límites, el referirse a la experiencia de una parte de la humanidad, los varones, presentándola como si fuera de toda.

Hoy, con el avance del **feminismo**, percibimos que todo conocimiento, también el llamado conocimiento científico, se desarrolló a través de los hombres, que universalizaron el saber a partir de su propia experiencia. Por eso, siempre colocan en primer plano las acciones, el pensamiento y los hechos de las figuras masculinas. Los otros personajes son siempre secundarios o no aparecen. Lo observamos en la forma en que se dan las noticias en los telediarios, cómo se presentan los libros de historia, cómo aparece el deporte...

Necesitamos construir poco a poco nuevos modos de conocer y el feminismo, sin querer ser exclusivo ni absoluto, también presenta su aporte y su búsqueda. Si nuestro pensamiento y nuestra práctica pretenden ser **inclusivos**, obedeciendo a la perspectiva feminista, necesitan ser discutidos por los diferentes grupos y nunca erigidos en nuevas afirmaciones absolutas. Éste es un continuo desafío para todas nosotras, porque la tentación de tener razón en todo nos amenaza siempre. La epistemología feminista necesita también un esfuerzo continuo para mantener el diálogo con otras y otros, aunque ese diálogo permanezca muchas veces al límite del conflicto. Dialogar no significa hacer acuerdos fáciles, sino intentar una apertura entre los diferentes grupos o personas sobre cuestiones concretas.

M^a Carmen Martín Gavillero
Mujeres y Teología. Ciudad Real

SORORIDAD

La hermandad que construye Humanidad

Desde mi recién estrenada consciencia y disfrute de mi ser mujer feminista, en medio de un grupo de mujeres con mucha más experiencia y lecturas que yo en este sentir, reconozco mi profundo respeto y admiración por dichas mujeres creyentes y valientes que a pesar de los «oleajes» que soportan no desesperan, no abandonan su lugar. Esperanzadas, hacen lo que tan bien saben hacer las mujeres desde siempre: «permanecer». Como lo hicieron «las mujeres de Jesús», que desde su primer contacto con el Maestro aceptaron como un regalo el duro compromiso de creer en El y en Su Reino y se «enlazaron» para lograr su consecución permaneciendo fieles a su amor y a su palabra.

Así, antes como ahora, miles de mujeres en el mundo enredadas, enlazadas por un mismo sentir, permanecen fieles a su condición, a su dignidad de su ser femenino, se resisten a renunciar a ella y la defienden, en muchas ocasiones, con altos costes.



¿Qué significa Sororidad?

De esta alianza entre mujeres habla la palabra «Sororidad», vocablo latino que puede traducirse como hermandad, confianza, apoyo, fidelidad y reconocimiento entre mujeres; alianza para juntas ir creciendo en autoestima personal y de ahí generar la estima social de género; red tejida para juntas crecer en el respeto mutuo, superando la mezquindad aprendida de la misoginia generadora de rivalidad y rechazo entre nosotras; camino para juntas compartir aprendizajes y experiencias que nos enriquecen y fortalecen, para aprender y enseñar, para acompañarnos y construirnos como sujetos activos capaces de tomar nuestra vida en nuestras manos.

Sororidad significa que juntas, las mujeres y los varones, generamos relaciones positivas y alianzas existenciales que suman voluntades diversas y en sinergia trabajamos en la construcción de un mundo diferente, donde no tenga cabida ninguna forma de opresión y/o violencia.

Quiero esa sororidad, esa hermandad entre mujeres en la que unas junto a otras tejan redes, aúnan esfuerzos y construyan una alternativa compartida que apoye y facilite que cada mujer sea dueña de su vida.

¿Qué implicaciones tiene?

Marcela Lagarde, antropóloga mexicana, destaca el concepto de «sororidad» frente al de «fraternidad» proveniente de la Revolución Francesa. La sororidad implica el reconocimiento y la unidad de las mujeres en su actuación pública. Este concepto supone

la modificación de los condicionamientos de género, así como la búsqueda de la conexión entre las mujeres para lograr una identidad compartida. En palabras de Marcela: «No sirve de mucho que una mujer llegue a lo más alto si llega sola. Tenemos que estar enredadas, formar parte de redes feministas».

Y no sólo eso. No es tiempo de hacer exclusiones. El compromiso en la consecución de la igualdad de derechos y de la dignidad de cada persona convoca a los hombres y a las mujeres y los convoca como iguales, superando la idea de polos opuestos enfrentados, pues ser diferentes biológicamente no justifica la supremacía de unos sobre otras. No es momento de identificar a la mujer con el ideal virginal o el ideal maternal o el ideal depositario de «virtudes femeninas», es el momento del reconocimiento de la mujer real de carne y hueso como un ser completo y maduro que no necesita la tutela o el permiso del varón para crecer, desarrollar y gozar de su vida, de su libertad.

Ser mujeres es ser capaces de aportar a la sociedad riqueza en todos los ámbitos, como seres que no necesitan ser «adorados» sino amados, respetados, reconocidos y tratados como un igual, como un sujeto autónomo que es un fin en sí mismo.

Blanca Lara Narbona
Mujeres y Teología. Ciudad Real

«De jarme hacer pastor por las ovejas»

Me parece a mí que el tono de esta sección de Sororidad tiene mucho de confesión de vida. Y casi todos los artículos publicados, si no todos, también de confesión de fe. Cuando me pidió Rosa Redondo el presente artículo no sabía bien por donde enhebrar la aguja. Al final me decidí por la normalidad, que es lo que mejor se entiende si se sabe transmitir. Mi nombre es Francisco Guerrero. Soy sacerdote desde hace 28 años. Hijo de padres cristianos y hermano de militantes de la HOAC. Hace trece años el obispo anterior me encomendó poner en marcha la parroquia de San Juan Bautista en Ciudad Real. El cambio en mi vida iba a ser grande. Lo que empezó por ser una solicitud de año sabático, se convirtió en el encargo para una tarea que, de momento, desajustaría mi apacible vida de «cura rural». La nueva parroquia está enclavada en los barrios del polígono «La Granja» de Ciudad Real. Es una zona deprimida que ha visto empeorar su situación desde que llegaron los primeros vecinos hace ya 25 años. Gente trabajadora. Obreros, hombres y mujeres, que sufren en sus propias vidas la brutalidad de la crisis actual. Cómo ésta ha ido deteriorando sus expectativas de crecimiento y bienestar social, hasta tener que convivir habitualmente con la precariedad de vida más escandalosa: Paro, delincuencia, droga, desestructuración familiar, abandono escolar, desesperanza juvenil, población gitana dejada por las administraciones a la suerte del chabolismo... En esta realidad cuaja desde un principio, antes de ser parroquia, la incipiente comunidad cristiana desde el trabajo de calle de la JOC, y desde la Eucaristía, celebrada cada domingo por los sacerdotes de Santo Tomás en el salón del Centro Social. De alguna manera, cuando llegué al barrio en el año dos mil, la levadura había empezado a fermentar. Llamadas de atención que recibo: la reformulación de mi sacerdocio. Es decir, el año sabático que había pedido para desechar rutinas y tibiezas, se convierte en un nuevo horizonte pastoral al que tenía que dar respuesta con un planteamiento de vida nuevo. Además esta llamada del Espíritu se hace más provocadora en cuanto el Obispo me nombra capellán del Hospital General, recién inaugurado. Ahora tocaba moverse entre la extrema pobreza de la parroquia, y la extrema pobreza de la enfermedad. La respuesta me iba a venir desde dentro de la comunidad. Desde dentro del servicio mismo. El lema que había dibujado tantas veces en la Asociación Reina de los Ángeles, para el mundo rural, sería mi tirón de orejas para la misión actual: «El Espíritu del Señor me ha enviado a los pobres». _ «No tengas miedo, me dijo una buena amiga. Si el Señor te envía a los pobres, mejor para ti». La llamada a hacer el bien no vendría tanto de mi acción protagonista, cuanto por saber dejarme hacer en el ejercicio de la misión. Algo así como dejarse hacer para saber hacer. Creo sinceramente que esta ha sido una constante en mi vida como cura. «Dejarme hacer pastor por la ovejas». No es trampa. No es desvirtuar mi responsabilidad, sino darle contenido desde la tarea realizada. Compartir la unción, lo ha llamado recientemente el Papa Francisco. Dejar que la unción recibida en la ordenación no quede estéril en ti, sino que acompañe, sane y fortalezca a los que el Señor te envía. Que para eso la hemos recibido. Es decir, compartir la totalidad de tu vida. Tarea nada fácil. Llena de ilusión y de pasión, igual que llena de infidelidades. Y entender este proceso como un camino abierto de largo recorrido. Tal vez la mejor formación recibida en mi etapa de seminario y de mi paso por las distintas parroquias, así como de mi relación personal con los hermanos curas y las mujeres y hombres –compañeros de misión – haya sido que nunca lo sabemos todo del todo. Que la mejor formación, posiblemente, es la de saber que aún no hemos llegado donde íbamos. Que siempre nos quedará un pasito más que dar para seguir creciendo. Y sobre todo para hacer las cosas con respeto. Como si ahora, como si siempre, fuera la primera vez. Y en esas me encuentro.



Abrieron caminos...

RIGOBERTA MENCHÚ (Chimel, Guatemala, 1959)



Es una activista de los derechos humanos de Guatemala. Nació en una numerosa familia campesina de la etnia indígena maya-quiché. Su infancia y su juventud estuvieron marcadas por el sufrimiento de la pobreza, la discriminación racial y la violenta represión con la que las clases dominantes guatemaltecas trataban de contener las aspiraciones de justicia social del campesinado. Varios miembros de su familia, incluida su madre, fueron torturados y asesinados por los militares o por la policía paralela de los «escuadrones de la muerte». Sus hermanos optaron por unirse a la guerrilla, mientras que ella inició una campaña pacífica de denuncia del régimen guatemalteco y de la sistemática violación de los derechos humanos de que eran objeto los campesinos indígenas. Para ello, aprende español y hace de la religión su bandera. Se exilió a México y hace opción por los Cristianos Revolucionarios, afirmando que: «mi tarea como cristiana es trabajar con las masas. Entonces, mi trabajo es igual que el de una catequista que sabe caminar sobre la tierra y no una catequista que piensa que el reino de Dios es sólo para después de la muerte. Aprendí a saber cuál es el papel de un cristiano en la lucha y el papel de un cristiano en la tierra. Reflexionamos sobre la Biblia y nos hemos dado cuenta que se ha utilizado como un medio para acomodarse y no llevar la luz al pueblo pobre». En 1992 fue ganadora del Premio Nobel de la Paz.

Al hilo de la realidad

NUEVO PAPA

Algo se mueve en nuestra Iglesia. El Espíritu de Dios ha volado a toda marcha por el Vaticano, envolviendo con su fuerza arrolladora a quienes queremos continuar reavivando la pasión por el Reino.

La gran ventana abierta por Benedicto XVI con su sorprendente renuncia, ha hecho posible un nuevo lenguaje, traducido en palabras y expresiones proféticas: «ternura», «compasión», «bondad», «custodia», «servicio», «misericordia», «pastores con olor a oveja», «Iglesia pobre y para los pobres».... Y nuevos gestos: desprendido de oropeles; abajado ante la multitud para que recen por él; pidiendo primero la bendición del pueblo; no encerrado en el Vaticano, sino puesto en medio de la gran plaza pública.... Es él, Francisco, el nuevo Papa.

Un hombre creyente, con sabor a Evangelio, que se presenta ante el mundo como «el Obispo de Roma». Un Papa que llega «del fin del mundo», con una mezcla del sentido de lo concreto de San Ignacio de Loyola y de la opción por los pobres de San Francisco de Asís, regalando muchas dosis de esperanza en creyentes y no creyentes. Y en el horizonte una inmensa tarea por afrontar. Algo nuevo se mueve en nuestra Iglesia.

El Grupo de Mujeres y Teología nos alegramos por este gran regalo que el Señor ha hecho a su Iglesia, en la esperanza de que en los rostros de los millones de mujeres empobrecidas de nuestro mundo, se vislumbre al fin, una fuerte sonrisa de justicia y dignidad.

Espiritualidad y Vida

Haciendo un recorrido por los textos pascuales veo como Jesús va desvelando y dando respuesta a interrogantes, incertidumbres, dudas, miedos, ... de los discípulos y discípulas, para que ellos y ellas comiencen la misión de ser testigos en el mundo. Es como si las piezas del puzzle empezaran a encajar. Descubren que en verdad la vida ha triunfado sobre la muerte, la luz sobre las tinieblas, ... El precio es alto: la entrega, dar la vida por los demás.

«Amaos entre vosotros como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos y discípulas...» «Todo lo que os he dicho y enseñado se resume en este mandamiento...»

¡Menudo encargo nos hace el Señor!

Parece tan fácil y sin embargo es una tarea que lleva toda la vida.

Dejar espacio en el corazón para que me habite el Señor, para que me habite su espíritu, la Ruah.

¿Qué llena mi corazón? ¿Lo llenan los afanes de tener, de aparentar, de ser más que los demás, los miedos, las ocupaciones, los egoísmos, ...?

Pasar del egoísmo al amor es duro, pero cuando se prueba no existe una felicidad mayor. Esto es lo que el Señor nos propone, participar desde Él en la construcción del Reino, ese «Reino distinto» que decíamos en la canción que transforma y nos transforma.

Si dejo que me habites, si me dejas amar por Tí, si dejas tiempo para la escucha y la oración, si acepto tus propuestas, si dejas que tu palabra me ilumine, que tu espíritu me sane, me reconforte, me empuje, me guíe, ...

Hoy quiero ser una mujer habitada por TÍ.

Conchi Ruíz Rodríguez
Mujeres y Teología. Ciudad Real

Os animamos, a todas y todos los que leéis Sororidad, a que nos hagáis llegar vuestras opiniones, sugerencias, preguntas, inquietudes..., a través de nuestro correo electrónico sororidadmt@hotmail.com.